P. PICA Y PECA

FLAUTA Y TA

1
230814



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230814

47 / 143487

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

FLAUTA Y TAMBOR

I

POR UN CALLO

El marqués de la Violeta era un hombre distinguido, espiritual, suave como la cabritilla.

De sus gustos refinados se contaban mil anécdotas verdaderas, y entre la *hig-life* pasaba plaza de ser el prototipo de la corrección y la caballerosidad.

Aquella noche se hallaba en el club y formaban su tertulia varios jovenzuelos aristócratas y un vejote, don Juanito, cuya mundología causaba la admiración general.

Se hablaba, como es consiguiente, de mujeres. El amor era el tema preferente, aparte del juego, de aquella reunión despreocupada y libertina.

Contábanse historias de lupanar, de adulterio, de celos.

Cualquiera de los contertulios, el más insignificante, tenía tela cortada para rato.

Y allí desfilaron cocotas, horizontales, artistas, señoras empingorotadas y linajudas; mujeres todas que habían tenido la debilidad o el capricho de haberse relacionado íntimamente con aquellos prójimos.

R-3189584

El marqués escuchaba indolentemente, saboreando una copita de coñac Hennesy y arrojando bocanadas de humo de su obligado Aguila Imperial, que apenas se separaba de sus labios.

—¿ Y tú no tienes nada que contarnos ?—le preguntó uno al marquesito.

Enrique cambió de postura, miró lánguidamente a sus amigos y dijo en tono displicente :

—Nada, queridos. Dejadme tranquilo ; tengo un aburrimiento que me consume.

—Nostalgia de amor—observó otro de los contertulios.

—¿ Todavía te acuerdas de Julia ?

—¡ Ni de su nombre !

—¡ Embustero !

—¿ Pero tan grave ha sido la cosa ?

Enrique no quería hablar ; casi le molestaba referir lo ocurrido, porque su dignidad de hombre refinado y pulcro se rebelaba escandalosamente.

¡ Aquella Julia de sus ilusiones... ! La mujer que le había obligado a rebajarse...

—¡ Dejadme !—volvió a repetir.

Pero le obligaron tanto, a tal punto llegó su excitación, que acabó por revelarlo todo.

Tenía razón el marquesito.

—Figuraos—empezó diciendo—que Julia era para mí la mujer más espiritual que he conocido.

—Y para todos—exclamó el coro general, que había admirado más de una vez la arrogancia y distinción de aquella rica hembra.

—Era casada.

—Miel sobre hojuelas — volvió a repetir el coro.

El marido, uno de los tantos maridos que

tienen fe ciega en sus mujeres, no nos importunaba en lo más mínimo.

—*Infinitum stultorum numerus est*—exclamó don Juanito con arrobamiento y recordando la única cita de latín que conservaba de sus estudios lejanos.

—O lo que es lo mismo—agregó otro, queriendo hacer un retruécano fúnebre—, el número de los tontos no tiene número.

—Eso es—prosiguió el marquesito—. Julia venía a verme con frecuencia a mi cuartito de soltero y allí pasábamos horas deliciosas.

—¡ Oh, feliz mortal ! ¡ Cómo te habrás regodeado con aquella escultura viviente ! El auditorio exige que nos detalles sus formas, ya que en la actualidad no te pertenece.

—Sí, sí—gritaron todos—. Queremos saber cómo tenía los muslos y los pechos y... Dinos si en el supremo momento entornaba sus ardientes ojos o los abría más, entre espasmos de placer.

—No lo diré—replicó el marquesito— ; excitaría vuestra lujuria y lo pagaría la que menos culpa tuviera. Sus encantos íntimos no los revelaré, porque me han pertenecido a mí solo.

—Y al marido—dijeron los otros.

—¿ Y qué es en último caso un marido ? Unicamente el marido.

—Es verdad—contestaron los amigos, aplastados por aquel bloque de lógica que se derrumbaba sobre ellos.

—Pero cuéntanos el lance, Enrique—observó don Juanito, haciendo callar con un gesto al auditorio—. La causa de la ruptura...

—Figuraos — prosiguió el marqués—que el esposo empezó a sospechar...

M·0107007

—¡Qué impertinentes son algunos esposos! —observó uno de los contertulios.

—Empezó a sospechar—siguió diciendo Enrique—, y aquello fué el acabóse. Terminó la mutua dicha, porque no la dejaba salir a la puerta de la calle sola. O la acompañaba o la hacía seguir por persona de su confianza.

—¡Cuando digo que debiera hacerse un escarmiento con ciertos maridos... !

—Julia fué a verme la última vez, comprometiendo su honor.

—Sí, porque el honor de él ya estaba harto comprometido.

—Nuestra entrevista rápida fué triste y desconsoladora. Inventemos algo—me dijo ella— ; no puedo pasar sin verte. El amor es muy ingenioso, queridos, e inventamos una treta descacharrante.

—Veamos, veamos — exclamaron todos, curiosos.

—Me hice unas tarjetas que decían así : «Enrique Pimentel, pedícuro, Cruz, 124, 1.°».

—¡Te hiciste callista! ¿Para qué?

—Ahora veréis. Julia se llevó unas cuantas, y como por descuido dejó una sobre el buffet y otra en su tocador. A los pocos días pretextaría que le dolían los pies, que un callo rebelde no la dejaba andar y que era preciso buscar un buen pedícuro que la curase.

—Ya lo comprendemos todo — exclamó don Juanito—. No conociendo a ninguno, verían tu tarjeta y te enviarían a buscar.

—Eso, precisamente. Una tarde, de impaciencias para mí, se presentó en casa un lacayo, rogándome que fuese a la de Julia, de parte de sus amos, para ejercer mi oficio de pedícuro.

—¡Tu marquesado por los suelos!

—Ebrio de alegría, preparé una cajita con no sé qué herramientas, compradas en un bazar quirúrgico, y anhelante porque iba a ver a la mujer de mis ensueños y orgulloso porque nuestra treta había dado el resultado apetecido, cogí un coche y en un momento llegué a la casa de mi adorada.

—¡Que te esperaría con igual ansiedad!

—Llamo, me abren la puerta, sale un criado, me presento, como el pedícuro reclamado, me pasa al despacho y allí me tropiezo con el marido.

—¡El bruto!

—Yo pensé : este animal, que no tiene la menor sospecha de mí, será el mismo que me introduzca hasta el gabinete de mi Julia ; nos dejará solos... y ya podéis figuraros el final.

—Nos lo figuramos.

—Pues estáis equivocados, porque...

Enrique hizo una pausa ; arrojó una bocanada de humo y quedó pensativo.

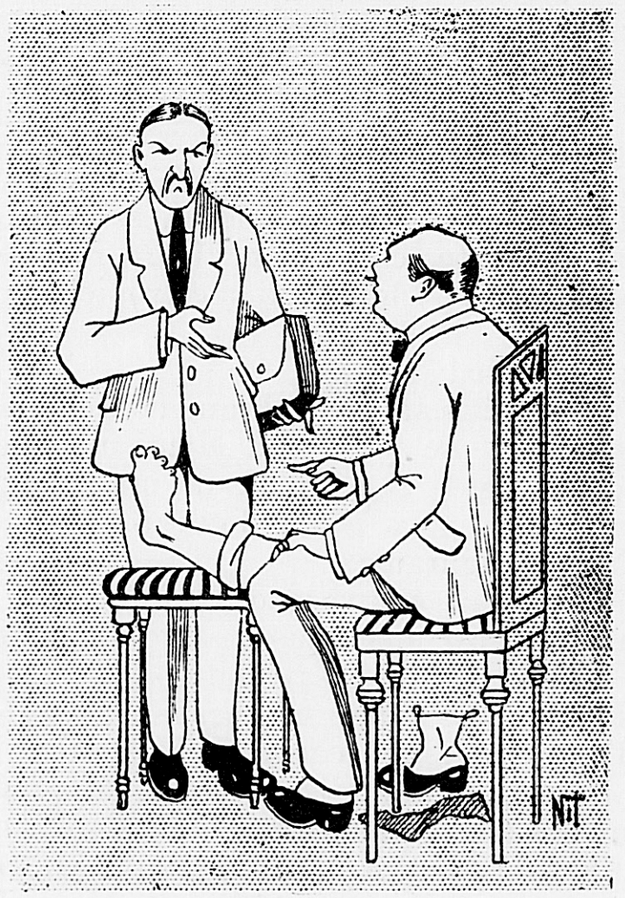
—Habla ; nos tienes en ascuas.

—Digo que estáis equivocados, porque vais a ver lo qué ocurrió. El marido de Julia me midió con una mirada de pies a cabeza.—¿Es usted el pedícuro?—Servidor, le respondí yo, adoptando un aire sumiso.—¿Sabe usted curar bien todas las excrecencias de los pies? volvió a preguntarme.—Es mi profesión, le dije, y creo que la cumplo a satisfacción de mis clientes.—Pues entonces, agregó el bruto, puede usted acreditarse ahora ; siéntese usted. El se sentó también, se quitó una bota, se quitó luego el calcetín y me dijo :

—Hombre, a ver si puede usted hacer que

no vuelva a salirme más este callo, que me está fastidiando hace días.

Me mostró un pie deforme, descomunal, as-



—A ver si me quita usted este callo...

queroso, aplastado e irregular, parecido a un mapamundi, a la pata de un elefante.

Mi primera intención fué pisoteárselo, aplastarlo, triturarlo, pero me revestí de serenidad, pretexté que me faltaba una herramienta especial que me había dejado en casa, salí en busca de ella... y hasta ahora.

—¿Y no has vuelto a ver a Julia?

—¡Ni volveré a verla más!

—¿Y esa ha sido la causa de vuestra ruptura?

—¡Es natural!—exclamó el marquesito, en tono displicente y arrojando otra bocanada de humo—. Ya comprenderéis que yo no puedo ser el amante de una mujer cuyo marido tiene unos pies tan descomunales y deformes. ¿Qué se diría de mí...?

II

EL SOLO DE FLAUTA

La reunión aprobó la noble resolución del distinguido y espiritual prócer. Aquella mujer había perdido ante ellos una barbaridad en un momento.

Se la consideró indigna de ser la querida de cualquier hombre que se apreciase en algo, cuando no se emancipaba de semejante rinoceronte.

Y se levantó la sesión.

Don Juanito se despidió de sus amigos y tomando un coche del club se encaminó ya de madrugada a una casa, de modesta apariencia, en la que penetró, valiéndose de una llave que a prevención llevaba.

No era aquella su residencia oficial ni mucho menos. Allí vivía una costurerilla muy mona y muy retrechera, a la cual protegía don Juanito.

La protegía sin pensamientos livianos, vamos al decir, porque don Juanito respetaba la virginidad de la joven. La conciencia, el resto de conciencia que aun le restaba se rebelaba a segar aquella flor delicada, puesta al alcance de su bolsa, y no decimos de su boca, porque huelga decirlo que lo estaba cuando le venía en gana. Para eso la pagaba.

La chica tenía un cancerbero terrible, la madre, que si accedía a aquellas relaciones era porque tenía la convicción de que don Juanito, hombre gastado y de gustos extravagantes, no comprometería a la niña, no haría que se pusiesen al descubierto ciertas excrecencias sospechosas que se resuelven al cabo de un determinado número de meses y hacen pasar la doncellez a mejor vida.

La mujer cobraba espléndidamente su celestineo, y así iban tirando madre e hija de la bolsa de don Juanito, mientras él se daba por satisfecho, gozando a su manera y pagando sin protestar.

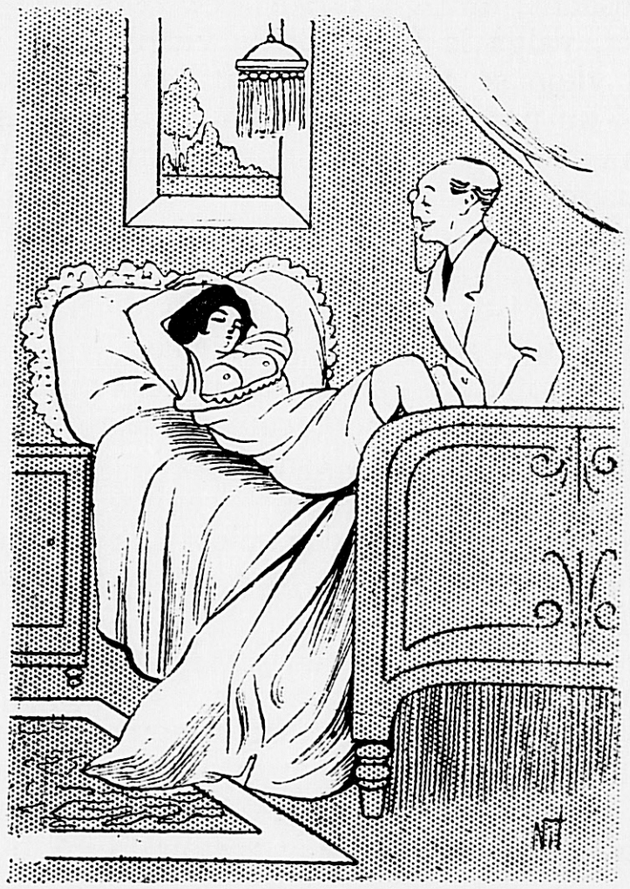
De gustos no hay nada escrito; es decir, se ha escrito mucho, pero el verdadero gusto se ha prestado a cuarenta mil distintas definiciones e interpretaciones.

—¿Dónde está la Elvira?—preguntó el viejo libidinoso.

—¡Vaya una pregunta! — contestó la madre—. ¡En su camita, durmiendo!

Penetró don Juanito en la alcoba virginal y la madre se retiró prudentemente a la suya, dejándole a solas con la joven. Ella tenía buena compañía en su cama, porque el ser mamá no quita para tener también su corazoncito y lo que cuelga, como suele decirse.

Penetró don Juanito, decimos, en la alcoba de Elvira y a la suave luz de la lamparilla contempló con arrobamiento aquel cuerpo escultural que tan caro le costaba.



Contempló con arrobamiento aquel cuerpo escultural...

La muchacha dormía profundamente, sin sospechar que era objeto de tal contemplación.

El calor que reinaba en la estancia la había hecho aligerarse de ropa, y la de la cama yacía

a los pies en informe montón de sábanas y colchas y cubiertas.

Dejaba ver su bien torneada pantorrilla y buena parte del muslo, y la desabrochada camisa permitía admirar unos pechos redondos, sonrosados, duros y tersos, con la dureza gelatinosa, valga la frase, de la virginidad.

El viejo se acercó de puntillas al lecho, levantó un poco la camisa para ver más y estampó un beso sensual en el sitio que constituía su mayor admiración.

Despertóse sobresaltada la muchacha, pero sin mostrar gran espanto.

Por lo visto estaba acostumbrada a aquellas expansiones y caricias nocturnas.

—¿Es usted?—preguntó incorporándose en el lecho y procurando, con un resto de pudibundez, ocultar sus desnudeces.

—¿Quién había de ser?—replicó el otro con un acento de infundados celos—. Supongo que nadie, fuera de mí, se atreverá a penetrar en tu alcoba a estas horas.

—Ni a ninguna otra—dijo la muchacha, haciéndose la ofendida.

—Para eso me cuesta mi dinero — estuvo a punto de saltar don Juanito, orgulloso y soberbio, pero no quiso promover una escena desagradable y se guardó la respuesta en su interior.

¿Le engañaba aquella mujer? No era de presumir.

Pagaba generosamente y hasta hubiera podido comprar a peso de oro su virginidad. ¿A quién mejor que a él pudieran habérsela ofrecido?

—Voy de retirada—dijo don Juanito—y no

he podido resistir a la tentación de hacerte una visita. Hemos estado en el casino y créete que me ha excitado la conversación que allí hemos sostenido. Hablábamos de mujeres...

—Entonces ya sé a lo que viene usted.

—Se habló de música también; no vayas a figurarte...

—La música domestica a las fieras.

—¿Lo dices por mí?

—Por usted lo digo. Los solos de flauta le deleitan, picarón, y como sabe que manejo tan bien el instrumento...

—¡Eres una verdadera maravilla cuando tocas, Elvira, y estoy seguro que si la cursases un poco más en el Conservatorio llegarías al pináculo de la gloria!

—¿Al pina... qué?

—A obscurecer al propio y legendario Bartolo, que para tocar la flauta se pinta solo.

La mamá se había acercado de puntillas a la puerta de la alcoba para escuchar la conversación.

Al oir de lo que se trataba regresó a su lecho murmurando:

—Estoy tranquila: lo de siempre, el solo de flauta. Cuestión de música.

... ...

La sesión artística se prolongó aquella madrugada más de lo regular.

Indudablemente don Juanito se hacía más filarmónico cada vez.

Y la muchacha aborreció cada vez más también el instrumento en el que, según el viejo, era una verdadera maravilla.

Renegaba de su arte.

III

¿QUIÉN ERA ELLA?

El marqués de la Violeta llegó a descubrir el nido donde se cobijaba algunas veces don Juanito.

Y no lo supo por él, ni mucho menos; fué debido a la casualidad, que sabe preparar las sorpresas más extrañas que pudiera uno concebir, aun preparándolas con todas las de la ley.

Don Juanito perdió un día un retrato de Elvira, en el cual, por otra parte, no había la menor dedicatoria, ni el indicio más leve de que aquella muchacha fuese aficionada al instrumento que más agradaba al viejo.

Pero aquella fotografía en poder del calaverón empedernido era muy sospechosa. Indudablemente era una protegida de él.

Y el marqués se guardó el retrato, sin procurar averiguar de don Juanito lo que nunca le confesaría; preguntarle directamente, hubiera sido, por otra parte, contraproducente.

Y pasaron días y días, sin hacer la menor alusión a la joven del retrato.

¿Quién era? Lo ignoraba.

Lo único que sabía es que parecía una niña angelical, distinguida, bonita y bien formada: una monería de mujer; una mujer de abrigo, de las que pueden tomarse a todo pasto aunque no las receten los médicos, muchos de los cuales las quisieran en sus ratos de ocio.

Y un dichoso día, mejor dicho, una feliz noche, al atravesar la Puerta del Sol le pareció a Enrique que ella también cruzaba la anchurosa

vía acompañada de una señora de edad respetable; su madre, seguramente.

Hizo parar el coche que le conducía al club, alcanzóla y se convenció de que efectivamente no se había equivocado. Era la misma.

Pero, ¿quién era ella?

Para salir de dudas la siguió prudentemente.

Las dos mujeres, sin sospechar la persecución de que eran objeto, se encaminaron tranquilamente hacia su casa, penetrando en la que conocía tan bien don Juanito.

El marqués se paseó disimuladamente largo rato por la acera, pero no logró volver a verla.

—Creo que no me equivoco—se dijo—; esta es la mujer del retrato; yo lo comprobaré.

Y como si la casualidad también quisiese no darle mucho trabajo, cuando ya se retiraba vió avanzar en dirección a la casa al dichoso don Juanito.

Ocultóse y lo vió entrar.

—Ya está el pájaro dentro: ella es. Pero, ¿quién es ella?

Esta vez se propuso descubrir la incógnita. Estaba harto intrigado para abandonar sus propósitos.

—Mañana saldré de dudas.

Y abandonó el campo resueltamente.

Don Juanito corría peligro. El marqués era terrible.

... ...

... ...

Pocos días después en el piso principal de la casa cuyo entresuelo ocupaban Elvira y su madre, se instalaba una academia de música.

El director era una persona finísima y culta;

siempre que encontraba en la escalera a la joven la saludaba con una gracia encantadora.

Y debía ser muy inteligente también, porque a poco de abrirse la academia era extraordinario el número de discípulos de ambos sexos.

La joven, con esa curiosidad propia de la mujer, observaba, intrigada, y se deleitaba oyendo los acordes que hasta ella llegaban y admirando a las distinguidas señoritas, al parecer, que acudían a recibir instrucción artística.

Por aquellos días ocurrieron trascendentales sucesos.

Don Juanito estaba enfermo y su dolencia se exacerbó, acaso por el exceso de música a que le había llevado su afición.

La madre de Elvira notó la gravedad de las circunstancias y aconsejó a su hija que fuese más comedida en sus ejercicios.

—Esconde la flauta—la recomendó prudentemente.

—¡ Esconderla ! — replicó la chica—. ¡ Pero si es que él la saca en seguida !

—Pues mucho ojo, porque vamos a perder el filón. Ese tío se nos va.

Y así parecía, en efecto. Don Juanito se dió cuenta de su estado, consultó con un médico y éste confirmó sus temores.

—En vista de lo que me ha contado—le dijo el doctor—, el medicamento no puede ser más sencillo. He aquí la receta : Auséntese de Madrid tres o cuatro meses. Pase la temporada de verano en cualquiera de sus fincas de Asturias.

Los parientes de don Juan hicieron también

lo posible para convencerle, y quedó acordado el viaje.

Juzgue el lector lo que ocurriría el día de la separación.

La sesión musical se prorrogó más de lo regular.

¡ Aquellos solos de flauta ejecutados por Elvira le causaban desvanecimientos a don Juanito ! Hubo que reanimarlo a fuerza de Jerez y pastas, pero los reconstituyentes se estrellaban ante su loca afición por la música.

Don Juanito se ausentó de Madrid ; hubo las siguientes protestas de fidelidad, la promesa formal de escribirse diariamente... y el viejo verde montó en el tren, después de haber dejado asegurada la manutención de la madre y la hija por bastante tiempo.

Cuando arrancó el tren, Elvira lanzó un suspiro de satisfacción.

—Permita Dios—exclamó—que se agujereen todas las flautas que caigan en mis manos.

—¡ Niña !—reprendióla la madre—. ¿ Qué sería de nosotras sin ese instrumento ?

—¡ Pues bien pudiera usted tocarlo también !

—Ya lo toco, pero sólo de afición. ¡ Quién tuviera tu maestría !

La chica miróla con rabia.

Empezaba a comprender que era objeto de una escandalosa explotación y pensó en el desquite, en la emancipación.

Y verán ustedes cómo lo consiguió la pobre muchacha.

IV

CAMBIO DE INSTRUMENTO

Elvira convenció a su madre de que debían visitar la academia artística establecida en el principal.

Allí se hacía buena música, aprendían personas muy distinguidas y la joven sentía comezón por dedicarse de lleno a la vida del arte.

En vez de la flauta, aprendería el violín o el piano, sería una profesora y tendría una carrera por lo que pudiera ocurrir el día de mañana.

Y madre e hija se decidieron.

... ...

—¿Está el señor director?

—Pasen y tomen asiento — respondió un groom—. Voy a anunciarle su visita. ¿Qué nombre diré?

—Diga usted que son las vecinas del entresuelo.

A poco penetraban en un elegante y coquetón gabinetito con visos de despacho.

Recibiólas con la mayor cortesía y amabilidad un joven de aspecto distinguido y de rostro simpático: era el director del establecimiento.

Después de los cumplimientos de rigor, la madre de Elvira expuso el objeto de su visita.

—La niña quiere aprender el piano; ya conoce algo de música... ¿sabe usted?

—¿Pero toca algún instrumento?

—La flauta.

—La tocaba—interrumpió la niña—, y aunque dicen que tengo buena embocadura, me aburre y la aborrezco con toda mi alma.

Aquellas frases de Elvira llamaron la atención del director, que miró con más insistencia a la muchacha.

Esta se ruborizó, porque de seguro creyó que había dicho alguna inconveniencia.

Quedó convenido el precio de las lecciones, una cantidad excesivamente reducida, y se acordaron las horas de clase.

—No es necesario que yo la acompañe—dijo la madre al segundo día de lección, segura de la formalidad y comedimiento que se observaba en la academia artística.

De la enseñanza de la chica se había encargado el propio director en persona, y era de ver el contento de Elvira siempre que llegaba a clase.

—Buenos días, señorita; hoy, aunque parezca mentira, la encuentro más hermosa que ayer.

Ella se ruborizaba y le alargaba, temblorosa, la mano, que él estrechaba apasionadamente.

Hablaban de frivolidades y en seguida daban la lección.

Y transcurriendo días y charlando cada vez más amistosamente, el joven se permitió un día cierta libertad, como para tantear el terreno.

Elvira procuró desasirse de unos brazos que la aprisionaban por el talle y salió huyendo.

Quedóse pensativo el director.

¿Se habría extralimitado?

¿Habría perdido para siempre una discípula?

Aquella noche no pudo dormir; pensaba en su acción y en las consecuencias.

Pensaba además en los encantos que había adivinado en la preciosa muchacha y que se es-

capaban de sus manos quizás para servir de recreo a otro más afortunado que él.

Y se revolvía inquieto en el lecho.

Por fin amaneció.

Se aproximaba la hora de la lección y el corazón le latía violentamente, contando los minutos que faltaban.

Llamaron a la puerta.

El director no esperó a que abriese el ordenanza; él mismo acudió presuroso, para salir pronto de dudas.

Suponía que llegaría la madre indignada, si Elvira se lo había contado, armaría un escándalo y le anunciaría que su hija dejaba de acudir a una academia donde su director abusaba de las discípulas.

El escándalo repercutiría por todas partes y ya podía cerrar el centro de enseñanza y largarse con la música a otra parte.

Abrió emocionado la puerta y apareció la joven, seria, algo pálida y muy ceremoniosa.

Dió los buenos días con alguna sequedad y se encaminó a la sala de estudios, seguida del director, que no se atrevía a empujarla cariñosamente, como hacía de ordinario.

Ya junto al piano, el profesor se quedó mirándola de frente, dispuesto a suscitar una explicación y a jugarse el todo por el todo.

Ella se puso a temblar. Comprendía que iba a ocurrir algo grave y trascendental.

—Elvira—empezó diciéndola—, ayer me permití una libertad de la que no estoy arrepentido.

—¡Cómo!—exclamó ella, alarmada.

—Si me autoriza usted para explicar mis extrañas palabras...

—Hable usted.

Los dos jóvenes tomaron asiento a respetable distancia uno de otro.

—Digo que no estoy arrepentido—prosiguió diciendo—, porque no es posible contener los impulsos del corazón. Donde hay amor hay fuego, hay entusiasmo, hay frenesí.

—Ahora le comprendo menos.

—Decía que usted me tiene loco; y como la culpa de mi locura es usted, ha de sufrir sus consecuencias.

—¿Pero habla usted de veras?

—Ya lo sabe usted; porque yo también he adivinado en sus ojos que no le soy indiferente...

—Claro que no.

—Que acaso me tiene alguna simpatía.

—Tal vez sí.

—¿Pero... amor...?

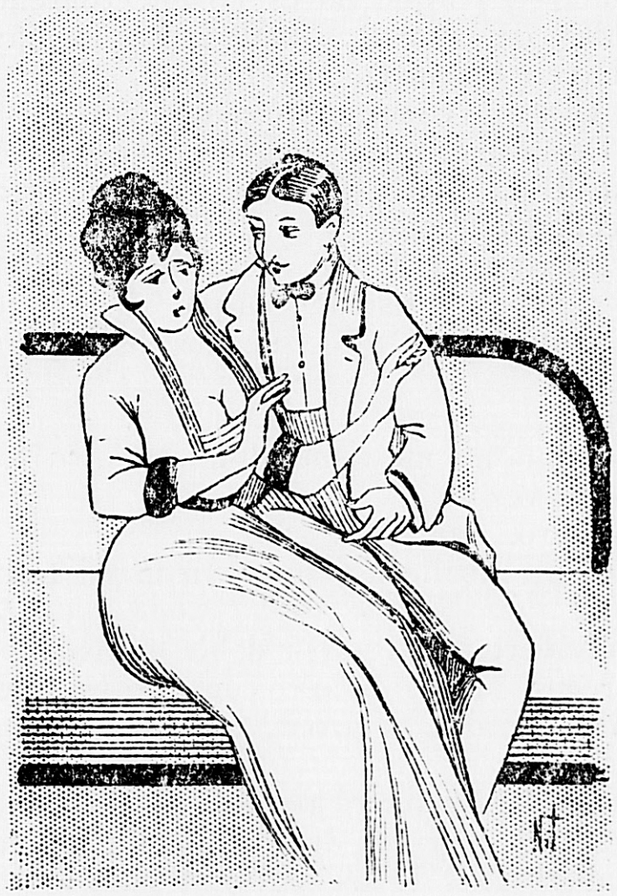
—¡Eh, caballerito, no vaya usted tan aprisa!

La advertencia era por doble motivo; porque el director había ido aproximando su silla y se hallaba junto a la joven, en actitud un tanto *agresiva*.

Elvira se consideró perdida y cerró los ojos. Se veía a dos pasos del precipicio, lo cual era una aberración de los sentidos, pues lo que había a dos pasos de ella era sencillamente una coquetona otomana colocada allí para reclinatorio de la virtud... caída.

El director aprovechó la ocasión; en un abrir y cerrar de ojos la dió un apasionado beso, que retumbó en el abierto piano produciendo un sonido difícil de trasladar al pentágrama, aunque no podía ser más armonioso y bello.

La joven se resistía débilmente ; se dejaba hacer, o mejor dicho, deshacer, porque el director la rodeó un brazo por la cintura y con una mano empezó a aligerarla de ropa y a bus-



La joven resistía débilmente...

car por las reconditeces de su hermosura los sitios más tentadores y deleitosos.

—¿Pero qué hace usted?—decía ella, devolviendo caricia por caricia, porque quizás no sabía lo que se pescaba.

—¡Amor mío!—murmuraba él.

Y Elvira creyó que caía en un precipicio, pues por lo visto se había empeñado en confundir la otomana con aquél...

Y cayó... cayó luego en la cuenta de que había perdido el conocimiento, la razón y «cuanto hay que perder», como dicen en la copla.

V

LA MUJER IDEAL

Era aquella una academia distinguida y además de hacerse música se charlaba de todo.

El amor jugaba el principal papel y se referían aventuras y se relataban escenas vívidas que tenían poco de edificantes, aunque sí mucho de reales.

«Desde la princesa altiva
a la hija de un pescador...»

aquellos muchachos, al parecer alumnos de la academia artística, pasaban revista a sus recuerdos y no dejaban honra limpia ni mujer pura.

—Pues sí, queridos — decía Rafael ante un corro de amigos de su misma calaña— ; yo no he amado más que a una mujer, pero era un cacho de gloria, un encanto de chiquilla, un ángel.

—¿Caído?—le interrumpió Sebastián.

Este Sebastián era siempre la nota discordante, cuando se hablaba de las sublimidades del amor.

—¡Calla, desgraciado! — arguyó Rafael—. Tú no puedes comprender la felicidad que reporta una criatura así, que parece haber venido al mundo para hacer dichoso a un solo hombre.

—¿Qué quieres?—argumentó el otro—. Soy un excéptico y no creo que pueda existir ese tipo de mujer perfecta, de mujer ideal ahí, detrás de la puerta, como suele decirse. Hay que ahondar para eso, mi amigo, hay que proveerse de una buena linterna.

—¡Cómo te equivocas!—le replicó Rafael—. ¡Si hubieses conocido a Paulina...!

—¿Se llamaba Paulina?—preguntó alarmado Sebastián—. ¿Y es esa la mujer modelo que tú proclamas?

—Esa misma. ¿Qué quieres decir con esa interrupción?

—Nada — agregó aquél—; que yo también he sido amante de una Paulina.

—¿Y te atreverías siquiera a insinuar que era la misma? — exclamó Rafael poniéndose serio.

—¡Yo qué sé!—siguió diciendo, impertérrito, Sebastián—. La mía era rubia y vivía en el 56 de la calle Ancha.

—Rubia era también la mía y vivía en el mismo sitio. Pero, ¿prueba algo eso?

—Nada, absolutamente—dijo Sebastián sonriendo con fina ironía.

Aquello empezaba a intrigar a los oyentes. ¡Oh, las coincidencias...!

—Yo — agregó Rafael — la veía los lunes, miércoles y viernes... Los demás días los pasaba con su tío, un pobre anciano impedido y que no logré conocer a causa de su genio endiablado. Paulina no se atrevió nunca a presentarme a él.

—Pues yo—dijo Sebastián—la veía los martes, jueves y sábados. El resto de la semana iba a casa de una tía ciega, para entretenerla, leyéndola novelas.

—Es original — exclamaron los circunstantes.

—¡Pero sería posible...!—pensó Rafael en alta voz.

—¿Que fuese la misma? — añadió Sebastián—. ¡Imposible!

Y en sus labios se dibujó una risa sardónica que tiraba de espaldas.

—¿Por qué tiempo fué tu amante Paulina? —preguntóle Rafael en són de desafío.

—Voy a decírtelo.

Sebastián consultó un elegante librito de notas y añadió:

—De Enero de 1914 a Marzo de 1915...

—¡Cuando digo que es prodigioso...!—exclamó Rafael, que había consultado también al mismo tiempo otro elegante librito de notas—. Mira, lee: «Paulina, Enero de 1914 a Marzo de 1915.»

Sebastián replicó con su cargante ironía:

—Pero, bueno; en último caso, ¿qué probaría eso?

El auditorio soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Estás de pitorreo? — dijo Rafael, algo amostazado.

A tal extremo las cosas, penetró en el salón un nuevo discípulo.

Era Julio Mendoza.

—¡Salud, tenorio!—exclamaron todos. ..

—Hombre—exclamó Rafael—, este nos va a sacar de dudas.

Y todos convinieron en que Julio era el único capaz de dirimir aquella contienda.

—Vamos a ver, Julio ; tú que conoces a tanta mujer alegre, ¿has oído hablar de una tal Paulina, que ha vivido en el número 56 de la calle Ancha?

—La conozco demasiado — replicó Julio—. Pero, ¿a qué viene esa pregunta, caballeros?

—Porque Rafael—dijo Sebastián—se imagina que ha podido amarnos a los dos a la vez.

—¿Qué tiempo hace de eso? Decidme por lo menos la fecha.

—De Enero de 1914 a Marzo de 1915—dijo Rafael.

Julio se echó a reir escandalosamente y el coro general le imitó.

—¡Tiene gracia! ¡Ja, ja!—exclamaba Julio, haciendo gestos ridículos.

Aquello molestó doblemente a Rafael.

—¿Nos quieres explicar la causa de esa risa estúpida?—le dijo cogiéndole por la solapa.

Entonces Julio exclamó en tono sentencioso y definitivo :

—Paulina no ha podido amaros de Enero de 1914 a Marzo de 1915.

—¿Por qué?—preguntaron todos.

—Porque precisamente en esa época era yo su amante.

—¡Tú!—exclamaron a la vez Rafael y Sebastián.

—¡Sí, yo mismo! Pero desgraciadamente sólo la veía los domingos. Los demás días de la semana iba a hacerle compañía a una prima anciana y sorda...

No pudo concluir. La carcajada fué general, porque todos habían comprendido el engaño de Paulina.

Eran tres las víctimas de aquella mujer.

Y la broma se hubiera prolongado de no haberse presentado en aquellos momentos el director de la academia.

Iba acompañado de Elvira.

Aquellos jóvenes alegres se levantaron respetuosamente y saludaron a los recién llegados con la mayor cortesía.

Elvira estaba pálida y ojerosa, pero mostraba un aire satisfecho. Quizás la lección de aquel día había sido de su agrado.

—Señores — les dijo el director—, tengo el gusto de presentarles a mi discípula predilecta. Hace grandes progresos en el piano y ha olvidado por completo su favorito instrumento de otras veces, la flauta.

—¡La flauta! ¡Qué asco!—exclamó uno de los circunstantes—. Es un instrumento que sólo puede agradar a jóvenes degenerados o a viejos libidinosos, como nuestro amigo don Juanito...

El director fulminó una mirada que le cortó la palabra al importuno.

Elvira creyó que todo vacilaba a su alrededor. Perdió el equilibrio y cayó en brazos de su amante.

La reunión se disolvió, como por encanto y quedaron los dos solos.

Corramos un velo...

VI

UN TAMBOR ESPECIAL

El reloj del tiempo no se descompone, como los relojes que se venden a ocho pesetas ; sigue su curso natural, y anda, anda que te anda, los amores de Elvira con el director de la academia adquirieron mayor relieve ; abultaron a la vista de todo el mundo y llegaron a alarmar a la mamá.

—A ver si después de la flauta vendrá el tambor—pensaba la buena señora, en los ratos que se quedaba a solas con su amante.

Y en verdad que el parche no tenía desperdicios.

Los enamorados, cada día más, y más ardientes cada día, no se daban punto de reposo. Menudeaban las lecciones y pronto se daría a luz una nueva estrella : digo que pronto aparecería en el mundo del arte una notable profesora : Elvira.

Pasaron dos meses, tres meses, y la joven comprendió que no había más remedio que sufrir las consecuencias de su falta o reventar... de dolor.

—Pronto seré madre — le dijo un día a su amante.

—¿Tan pronto?—exclamó el otro, sin saber lo que se decía y poniéndose a tocar el tambor.

Y como el cariño engendra confianza, ella se franqueó una vez, contándole sus relaciones pecaminosas con don Juanito.

—¿Dónde está ese don Juanito?— exclamó el director poniéndose furioso.

—Está fuera.

—Pues eso le vale ; pero cuando esté dentro se acordará de mí. Esa flauta se la inutilizaré yo.

—¿Y cómo?

—Metiéndosela... no sé dónde se la meteré... pero no tendrá frío.

—Te advierto que mi madre sospecha y temo que un día te arme un escándalo.

—Tu madre no me arma a mí nada, porque es muy poca cosa.

—¿Y yo?

—Tú me desarmas cuando llega la ocasión, sol de los soles.

—A propósito del sol : ¿Damos la lección? ¿Sol, do, la, sí?

—No, digo, sí.

Y los dos jóvenes se dedicaban a la labor con entusiasmo admirable.

Pero como, en este mundo traidor, la felicidad nunca es completa y lo eterno sólo existe en paradoja, los acontecimientos vinieron a turbar aquellas apacibles lecciones artísticas, llamadas a dar en breve ópimo fruto.

Ocurrió que don Juanito, el de la flauta, mejoró notablemente de su dolencia y regresó al lado de su amada y cara Elvira.

No es verdad que con la ausencia se extinga el culto del amor, sino que, por el contrario, crece más.

Creo que una cosa parecida, en verso pedestre, decía Camprodón en su zarzuela Marina ; pero así es, en prosa o verso.

Y don Juanito se encaminó derechamente a casa de su amantísima Elvirita, que en aquellos momentos dormía tranquilamente en su lecho virginal.

Decimos lecho virginal, porque nadie lo había profanado todavía. En la academia había una otomana, como ya sabe el lector, que daba al traste con todas las virginidades que se presentasen.

Aunque la hora no podía ser más intempestiva, abrieron a don Juanito.

Al verle la madre no pudo reprimir un grito de espanto y de alegría al mismo tiempo.

Los fondos se agotaban y hacía falta el protector de siempre.

Por otra parte temblaba por si el viejo se daba cuenta del estado de su hija ; porque a ella no le cabía la menor duda de que el tambor había substituído a la flauta.

—Pase usted, don Juanito — le dijo en voz baja—. ¡ Dichosos los ojos... ! Viene usted muy bien.

—Regular, nada más.

—Digo que viene usted con mucha oportunidad, porque los fondos...

Don Juanito le entregó displicentemente algunos billetes de banco.

—¡ Siempre tan generoso !

—¿ Y Elvira ?

—¡ Durmiendo, pensando tal vez en usted la pobrecilla !

—Voy a darla las buenas noches siquiera. Seré muy breve.

Y como dueño y señor se encaminó a la alcoba donde dormía la joven.

Penetró de puntillas, acercóse a ella, la contempló un momento y la dió un ruidoso beso.

Despertóse sobresaltada la muchacha y se alarmó doblemente al reconocer a don Juanito.

—¡ La flauta !—dijo éste.

—No, no puedo esta noche—replicó ella—. Podríamos despertar a los vecinos... me siento mal... mañana... déjeme usted... descanse usted... mañana será otro día...

Don Juanito no quiso insistir. Además venía rendido del viaje, efectivamente.

Y se retiró, prometiendo volver al día siguiente.

La joven deseaba por momentos que llegase la hora de la lección.

Penetró en la academia sofocada y llorosa.

—¿ Qué te ocurre ?—le preguntó su amante, alarmado.

Ella no podía expresarse bien.

—¿ Sabes ? Aquel don Juanito... el de la flauta... ha venido... y quiere reanudar los conciertos... y yo no quiero... yo no puedo... volverá... hay que cortar...

—Sí, es el único remedio ; eso corre por mi cuenta... le cortaré...

—No... digo que hay que cortar esta situación... Mi madre sospecha... yo voy a ser madre... tú serás padre...

El director tuvo compasión de la joven y la consoló de la manera que él sabía hacerlo.

Mientras tanto volvía don Juanito a casa de Elvira.

Llamó a la puerta.

La madre inocentemente le dijo dónde estaba en aquellos momentos.

—Está aprendiendo el piano. Suba usted, está en una academia que hay en el principal.

Don Juanito no vaciló. Quería verla, quería ver la academia y recomendarla al director, para que la enseñase bien.

Estaba abierta la puerta y se encaminó al despacho de aquél.

La lección había terminado ya y en el gabi-



Allí estaban el director, Elvira y algunos discípulos.

netito se hacía tertulia. Allí estaban el director, Elvira y algunos discípulos.

—¿Se puede?—dijo una voz.

—Adelante.

Y penetró don Juanito.

La sorpresa fué general.

—¡Tú!

—¡El!

—¡Nosotros...!

—¡Vosotros...!

Don Juanito encaróse con el director.

—Está bien, Enrique. Me la has dado con queso...

—¿Os conocéis?—preguntó Elvira, temblorosa.

—Ya te explicaré...

Los contertulios rodearon a don Juanito, como para consolarle.

—No, si estoy satisfecho—decía éste—. Antes tocaba la flauta... Ahora que toque el tambor.

Enrique se creyó en el caso de intervenir.

—Juanito—le dijo—, el parche de ese tambor es mío y de mi cuenta corre... Si a usted le hace falta la flauta...

—No, no; desde hoy acabo de ser filarmónico...

Y se retiró prudentemente, mientras el marqués de la Violeta, Enrique, el fingido director de la academia artística, consolaba a besos a su idolatrada Elvira, que por fin sacudía el rudo ejercicio de la flauta, para dedicarse a profesión más noble y honrosa.

BIBLIOTECA
NACIONAL
MADRID

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV —La lección de amor
V —El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas

EN PRENSA

El hijo artificial

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona